

7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL
y CHARLES W. BAILEY II



RESUMEN DE LO PUBLICADO

Informado por el Coronel Casey de las sospechas de éste en el sentido de que un grupo de militares, cuya cabeza sería el General Scott, están preparando una maniobra contra él, el Presidente de los Estados Unidos, Jordan Lyman, comunica estas informaciones a algunos de sus más fieles colaboradores, los únicos que entre una larga lista le parecen merecedores de su entera y total confianza. Su secretaria le aconseja tomar informes de la amiga de Scott, mientras que los demás le aconsejan actuar rápidamente. Un informe médico prueba que en ningún caso las sospechas de Casey pueden ser el fruto de una imaginación calenturienta y enferma. En plena reunión comunican al Presidente que acaba de ser abuelo, pero esto no impide que las gestiones sigan adelante, ya que quedan solamente unos días para la «Alerta Roja General», coincidiendo con la cual se producirá el presunto levantamiento. Como primeras medidas de urgencia, deciden que es preciso que alguien se entreviste con la amante de Scott, al tiempo que otro va a visitar la misteriosa base de El Paso y un tercero se entrevistará con el Almirante Barnswell, que parece haberse negado a participar en el complot. Casey, Clark y Girard, respectivamente, son encargados de estas misiones, con el ruego de realizarlas lo más rápidamente posible, dada la urgencia del caso y lo reducido del equipo al que el Presidente ha recurrido para que colabore con él.

EL ALMIRANT

MIERCOLES

POR LA MAÑANA

Cuando el cielo comenzó a clarear por el Este, Paul Girard había ya atravesado el Atlántico en la parte trasera de la cabina del avión a reacción que llevaba a Rima al Vicepresidente Vincent Gianelli. Cuando Casey subió al avión con destino a Nueva York, el sol era una gran bola roja. Algunos minutos más tarde, Clark tomaba el avión a reacción hacia El Paso. Y el Presidente Lyman conocía el Informe de Art Corwin que durante toda la noche había «tejido» el General Scott.

El General Scott, conduciendo él mismo su «Chrysler», y acompañado del General Riley, había salido de Washington. Habían rodado durante cerca de cien kilómetros para ir a casa del General Garlock, que mandaba la base de Mount Thunder, donde el Presidente debía encontrarse el sábado durante el curso de la operación «Alerta Roja».

Escondido en el jardín de Garlock, Corwin había oído parte de la conversación de los tres oficiales: Scott había venido a pedir a Garlock que alojase, durante el fin de semana, a doscientos hombres suplementarios en Mount Thunder.

—Si es esto lo que desea el Presidente, no tengo nada que objetar —había respondido Garlock, sorprendido y ligeramente humillado porque sus cien soldados, estacionados normalmente en la base, parecieran insuficientes.

Después, Corwin había visto a los dos generales volver a Washington y, a media noche, ir a casa del Senador Prentice utilizando el montacargas de servicio. Unos minutos más tarde, el reportero de la televisión Harold Mac Pherson se había unido a ellos, siguiendo el mismo camino.

«El Presidente de los Jefes de Estado Mayor Interarmas tiene una manera pintoresca de hacer sus visitas», había observado Corwin.

Una hora más tarde, los tres hombres salían juntos y Mac Pherson tomaba el avión para Nueva York.

El Presidente acabó la lectura del informe de Corwin cuando el Ministro de Finanzas, Christopher Todd, llegó. Este lo leyó a su vez.

—Mac Pherson tiene de ocho a diez millones de escuchas todas las noches, y todo lo que dice es para ellos el Evangelio. Si Scott urde un complot, necesitará alguien para ganar al país a su causa. Mac Pherson está perfectamente indicado. Pero no veo qué papel tiene Prentice en todo esto —murmuró Lyman.

Todd adoptó un tono protector:

—Señor, es totalmente evidente que el Senador Prentice está medio liado con los militares a causa de su cargo y también el Estado que representa. Piense en todos los contratos para la Defensa suscritos en California. Casi todas las fábricas de aviones y de cohetes se encuentran allí. Y también están los Sindicatos. Si el desarme se realiza, Los Angeles quedará rodeada de ciudades fantasma.

—Prentice no es un profundo pensador. Este tratado amenaza su modo de vivir, eso es todo.

El Presidente reflexionó un instante:

—Voy a llamar a Scott para anunciarle que no asistiré al ejercicio de alerta, y que pasaré el fin de semana en mi casa de Maine.

—Pruebe —dijo Todd—. Veremos su reacción.

Esther estableció la comunicación y, bajo las órdenes de Lyman, la tomó en taquigrafía. Cuando volvió a colgar, Todd abrió la boca para hacer una pregunta, pero Lyman interrumpió:

—Relea sus notas, Esther.

muchos peces

Ella leyó:

«El Presidente: Buenos días, General. Aquí, Jordan Lyman.

El General Scott: Buenos días, señor Presidente. Ya veo que madruga tanto como yo.

El Presidente: General, he pensado que no participaré en la alerta. Estoy demasiado cansado. He decidido irme a mi casa de Blue Lake y dedicarme a pescar durante dos o tres días.

Scott: Señor, permítame decirle que es imposible. Es usted parte integrante del ejercicio. Su presencia es necesaria. Yo diría que indispensable.

El Presidente: Yo no soy más que la quinta rueda del carro, General. Usted lo sabe.

Scott: Pero usted es el comandante en jefe. Hay órdenes que no pueden venir nada más que de usted.

El Presidente: Son las últimas órdenes, y, además, la alerta no es más que un simulacro.

Scott: Es más que eso, señor. Su presencia es necesaria para la moral, para los jefes de Estado Mayor y, sobre todo, para los oficiales superiores que verán que usted supervisa todo.

El Presidente: No se atormenten ustedes por eso. Seguiré de cerca las operaciones desde mi casa.

Scott: Permítame ser franco; es una imprudencia tomarse unas vacaciones en el punto en que nos encontramos con Rusia. Si se va a pescar, los soviéticos no se impresionarán en absoluto por la alerta.

El Presidente: Es a mí a quien corresponde enjuiciar, General. Mi decisión está tomada, tengo absoluta necesidad de descanso.

Scott: Como quiera, señor, pero debo decirle que no lo apruebo en absoluto.

El Presidente: Bien; y...

Scott: ¿Cuándo tiene intención de salir?

El Presidente: Probablemente el viernes por la tarde.

Scott: Le envidio. Le deseo que coja muchos peces.

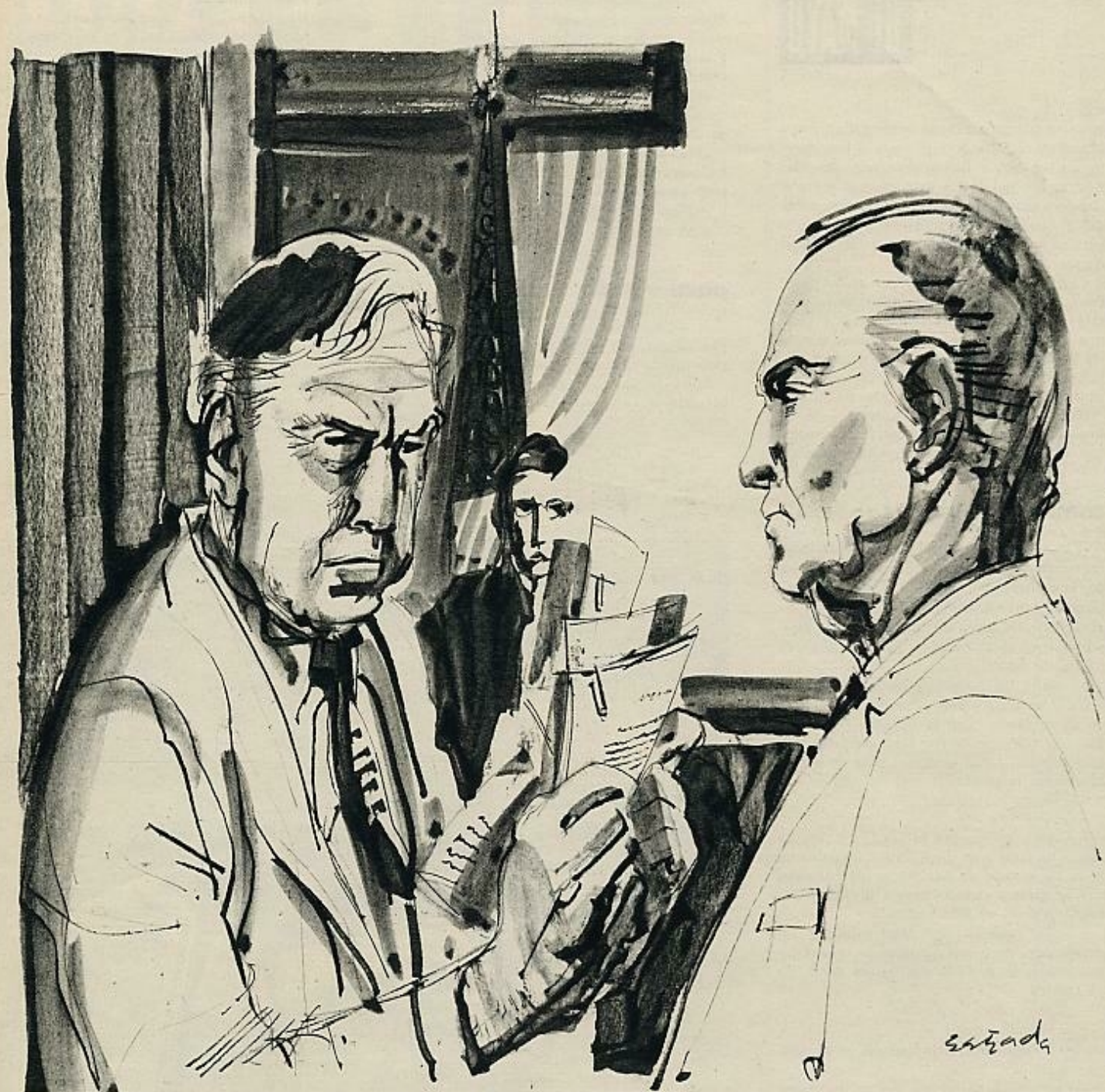
El Presidente: Hasta la vista, General.

Scott: Hasta la vista, señor.»

Todd esperó a que los signos de ira se borraran del rostro de Lyman.

—Le confieso que mis dudas aumentan, Todd. Su reacción es harto característica. ¿Qué va usted a hacer?

E CONFIESA Y FIRMA



—Si Scott está urdiendo un complot necesitará que alguien le ayude a ganar a los Estados Unidos para su causa, y Mac Pherson es el más indicado.

—Voy a llamar a Blue Lake. Si Scott tiene intenciones culpables creo que enviaré a alguien allí.

la estratagema de scott

Esther sólo tardó un par de minutos en ponerse en comunicación con Henry Picot, el intendente y guía del Presidente en su retiro del Maine:

—¿Hank? Aquí, Jordan Lyman. No, no puedo ir este fin de semana. Pero quiero que haga todo como si yo estuviera. ¿Me ha entendido? Anuncie mi llegada a correos y a la

tienda de ultramarinos cuando vaya a recoger el correo y a hacer las compras. Y si ve desconocidos en la isla, sea cortés con ellos, pero no los deje entrar en mi casa. ¿Entendido? Bien, gracias, Hank.

Todd meneó la cabeza en señal de aprobación:

—Si la situación es tan mala como parece, Picot tendrá visitantes antes del viernes. Lo peor que puede pasar es que estemos convencidos de la existencia de un complot, y que no podamos probar nada. En este caso será necesario obrar con rapidez.

Lyman se acordó un momento de lo que le había dicho el General Barney Rutkowski,

después de su conversación con el Almirante Palmer.

Palmer, rotundamente contrario al tratado con los rusos, se había negado, sin embargo, a hablar de política con Scott y sus amigos. Pero, según él, los «generales políticos» apoyaban a grupos de ciudadanos que tratarían de anular el tratado:

—Cree que los jefes militares le darán su apoyo en secreto, sin que sus nombres sean conocidos —informó Barney Rutkowski.

«¿Había recurrido Scott a una vieja estratagema militar protegiendo a una organización civil que podía decir en voz alta lo que los generales debían con- **SIGUE**

tentarse con pensar?», se preguntaba Lyman. «Pero, ¿y el Econcom? ¿Es que el Presidente del Estado Mayor Interarmas tiene necesidad de tres mil quinientos sabotadores entrenados para poner a su favor a la opinión pública? Y después de todo, ¿existe el Econcom?» Esto es lo que el Senador Clark iba a tratar de saber.

Cuando Clark descendió del avión en El Paso, hacía un calor tremendo. Después de este viaje nocturno, se sentía sucio y sabía que una barba de veinticuatro horas oscurecía su barbilla. Pidió un jugo de naranja, dos bollos, café y preguntó a la camarera del «snack-bar» el nombre de un buen motel.

—Pruebe el «Sand and Saddle» —le dijo—. Está muy bien. Pero quizá sería mejor que se afeitase antes de presentarse, señor.

camino de white sands

El motel tenía dos pisos y sus edificaciones formaban un semicírculo. Clark vio, ante todo, una piscina y tumbonas. El Senador puso simplemente: «R. Clark, Macon, Georgia», en el registro. Un joven mejicano, con ojos inexpresivos, tomó su maleta y le condujo a una habitación del piso bajo.

Se afeitó, se puso una camisa de manga corta y un traje ligero y, sentado en el borde de la cama, miró la hoja de papel que Casey le había dado. Por fin tomó una decisión y pidió la comunicación a la centralita. Una mujer respondió.

—¿Señora Henderson?

—Sí.

—Señora, mi nombre es Ray Clark. Soy un amigo de Mutt y de Jiggs Casey. Jiggs me ha dado su número de teléfono y me ha dicho que la llamara cuando pasara por aquí. He fallado a Mutt en Washington.

—¡Oh!, ¡qué lástima! Mutt estuvo el lunes pasado, pero tuvo que volver inmediatamente a la base. Creo que pasará allí el fin de semana.

—¿Cómo podrá localizarle?

Ella se echó a reír:

—Si le descubre, dígame. Ni yo sé dónde está.

—Las esposas de los oficiales no llevan una vida fácil.

—¿No está usted en el Ejército? —preguntó la señora Henderson, con voz un poco inquieta.

—Naturalmente —respondió Clark, haciendo caso omiso de la verdad—. Sé muy bien lo que es eso. O, mejor dicho, mi mujer lo sabe. Siempre estoy trasladándome. Más me valdría ser viajante.

—¡No sabe qué razón tiene! —dijo, ya segura—. Dígame quién es usted, y si Mutt vuelve, le telefonaré.

—Lo siento, cojo el avión para Los Angeles esta tarde. Dígame que ha llamado Ray. Gracias.

Una vez que hubo colgado, Clark titubeó, dio un paso hacia el cuarto de baño, después cambió de opinión y salió dando un portazo. Bajó a la oficina y, esforzándose en sonreír,

alargó la llave al recepcionista y le preguntó si le podía buscar un coche sin chófer.

Mientras esperaba de codos sobre el mostrador, se enredó en la conversación.

—¿Qué camino hay que tomar para ir a White Sands? —preguntó.

—La carretera cincuenta y cuatro. Tuerza a la derecha y después todo seguido. Hay alrededor de noventa kilómetros.

—Y, ¿cómo puedo llegar a la nueva base del Ejército, que está en esa dirección? Tengo un amigo del cuerpo de señalizadores allí.

—No sé —respondió el joven levantando los hombros—. He oído hablar de una base, pero parece que es secreta.

—¿Qué hay desde aquí a White Sands?

—El desierto.

para vender jabón

A algunos kilómetros al nordeste de El Paso, Clark, que iba a sesenta por hora, convino que la descripción era exacta.

Entró en una estación de servicio. A juzgar por la carretera desierta, sería la última en mucho tiempo.

Un hombre —el propietario, a juzgar por su actitud— estaba en el umbral de la puerta. Vestido con un jersey lleno de manchas de grasa, ennegrecida, tenía una cara arrugada y apergaminada.

—¿Hay Coca-cola? —preguntó Clark.

El hombre le indicó una gran caja roja. Clark metió una moneda en la ranura y esperó a que la botella saliera del cofre.

—¿Quiere una?

El hombre meneó la cabeza, pero tuvo una sonrisa de agradecimiento.

—¿Qué distancia hay de aquí a White Sands? —preguntó Clark.

—Cerca de ochenta kilómetros.

—Aprieta el calor —dijo Clark—. Y tengo que visitar hoy tres almacenes del Ejército.

—¿Es usted viajante de comercio?

—Sí. Detergentes. Pero es la primera vez que vengo por aquí —dijo Clark, y no recibiendo ninguna respuesta, continuó—: ¿cuántos kilómetros hay hasta la nueva base del Ejército? La que han instalado hace seis o siete semanas...

—Lo que yo creo es que quiere informes —dijo el hombre, rascándose la mandíbula—. Por los dibujos veo que ha alquilado

Un soldado avanzaba hacia el Senador Clark. Llevaba un pantalón corto kaki, una camisa de manga corta,



el coche en El Paso; así, pues, no tiene necesidad de gasolina.

Clark se echó a reír:

—Tiene razón. Escuche. Vamos a cerrar un trato. Quiero vender mi mercancía en esta nueva base.

—¿Qué clase de mercancía?

Clark puso un billete de veinte dólares sobre el mostrador, cerca de la caja registradora. El hombre no hizo un solo gesto para cogerlo.

—¿Cómo puedo saber que usted no es un espía? —subrayó.

Clark sacó de nuevo la cartera dejando a un lado los documentos de identidad donde figuraba su título de Senador y sacó su tarjeta de oficial de la reserva, que llevaba su fotografía y sus huellas digitales.

—Todo lo que pido es una indicación. Dígame dónde he de torcer para ir a esa base, y este billete es de usted.

El del surtidor colocó los veinte dólares en el cajón de la caja registradora:

—A decir verdad, no estoy bien informado. Todo lo que yo sé es que han instalado una base allá —dijo señalando al nordeste—. Hay un gran aeródromo y un montón de ba-

rracas, eso es lo que yo he oído decir, pero no he visto a nadie de ese sitio. Al menos nadie que quisiera hablar. Yo, en su lugar, vigilaría el indicador de velocidades, y cuando hubiera hecho cuarenta y cinco kilómetros, no, pongamos treinta y cinco o treinta y seis, tomaría a la derecha una carretera alquitranada que le conducirá a una pequeña colina.

—Muchas gracias —dijo Clark, terminando su botella de Coca-cola.

—Si les vende su jabón, se merece una medalla —dijo el hombre—. No creo que lo logre.

Clark se alejó, con los ojos puestos en el retrovisor. Vio que el del surtidor, con los párpados plegados, miraba la parte de atrás del coche, después humedecía la punta de un lápiz y garrapateaba algo sobre el dorso de la mano. Obedece órdenes de alguien —pensó Clark— o bien es un ciudadano verdaderamente prudente.

Clark apretó el acelerador, y la aguja del indicador de velocidad marcó cien. Vigiló el cuenta-kilómetros, y cuando hubo hecho 35, disminuyó la velocidad y se paró. Un camino alquitranado, recientemente trazado, se separaba de la carretera principal en ángulo recto. No tenía número.

una pistola en la mano derecha

Clark se metió allí y condujo lentamente. Había huellas de neumáticos marcadas sobre la espesa capa de alquitrán.

Cuando Clark llegó a lo alto, descubrió, a 1.500 metros de distancia, una alta verja de alambre de espino, que cerraba el camino, y una pequeña garita que estaba a un lado.

—No se va más lejos.

Clark volvió la cabeza. Un soldado avanzó hacia él. Llevaba un pantalón corto kaki, una camisa de manga corta y un casco colonial, y apuntaba a Clark con una metralleta.

Un segundo centinela se acercó desde el otro lado de la carretera. Clark se detuvo.

—Apártese —dijo el primer soldado, abriendo la portezuela.

Arrojó su arma al asiento de atrás. El otro G. I. se sentó a la derecha de Clark y se quitó también su metralleta, pero sacó una pistola de su funda y la empuñó con la mano derecha.

El que había cogido el volante se detuvo con un chirrido de frenos y entró en la garita. Cogió un teléfono e hizo girar la manivela. Clark descubrió un letrero: «Propiedad del Gobierno de los Estados Unidos. Prohibida la entrada».

—Póngame con el comandante —dijo el soldado al teléfono—. Comandante, aquí el cabo Steiner, de la verja. Tenemos un curioso, un tipo que viene de Tejas.

miércoles, cuatro de la tarde

El peñón de Gibraltar proyectaba su larga sombra sobre el Mediterráneo mientras el pequeño avión, alquilado en Roma por Paul Girard, giraba sobre la Península para acercarse al campo de aterrizaje. Había tres portaaviones entre los barcos que obstruían la rada. Desde arriba reconoció lo que representaba el término de su viaje, el «Dwight D. Eisenhower», el barco-almirante de cien mil toneladas y a propulsión nuclear que enarbolaba el pabe-

SIGUE

¿Qué esperaba en Gibraltar a Paul Girard, el más íntimo de los colaboradores del Presidente Jordan Lyman?

El Senador Clark, encaminándose, solo y sin protección, a la base secreta de El Paso, se arriesgaba a tener un encuentro poco agradable con Broderick, sobre todo si el Coronel Henderson no estaba allí para echarle una mano en caso necesario...

Una pitillera de plata contenía un documento cuya llegada a tiempo a las manos del Presidente, podía suponer algo de suma importancia en la historia inmediata de los Estados Unidos.

Shoo Holbrook, la bellísima escritora de la televisión, podía contribuir con sus informaciones a esclarecer parte del misterio que rodeaba las relaciones del General Scott. Pero le interesaba más el aspecto personal de Casey que la política...

un casco colonial y le apuntaba con una metralleta...



7 DIAS DE MAYO

lón del comandante de la VI Flota, el Vicealmirante Farley G. Barnswell.

El piloto italiano se colocó sobre el campo de aterrizaje y picó de morro. «¡Dios mío! —pensó Girard—, esta pista parece un sello de correos en medio de una bañera.»

Girard se presentó en la R. A. F. y fue cortésmente recomendado a la Marina real que, a su vez, dirigió a este visitante inesperado a la Marina de los Estados Unidos.

Un «jeep» de la Marina le llevó a la ciudad. Pasó por delante de las viejas murallas de piedra, del campo de fútbol, y de las tiendas llenas de compradores. Cuando se encontró ante el oficial de servicio, en el edificio enjalbegado que servía de sede administrativa a la Marina de los Estados Unidos, comprendió que las negociaciones comenzaban. El oficial, un joven comandante muy peripuesto, leyó varias veces los papeles de Girard.

—Esto es muy irregular —subrayó—. No estamos a las órdenes del Almirante Barnswell más que cuando está en el puerto.

—Póngame en contacto con su secretario —dijo Girard, totalmente decidido a no enseñar la carta del Presidente más que en última instancia.

la chalupa del almirante

El comandante miró a aquel hombre, carente de gracia. Los enviados de Washington no se presentaban sin avisar, en particular un secretario del Presidente. En fin, después de algunos titubeos, telefoneó al capitán que mandaba la base. «¡Dios mío! —pensó Girard—. Cuando hayan terminado, todos los oficiales, de aquí a Beyrouth, estarán informados de mi presencia aquí.»

El comandante escuchó atentamente la respuesta. Cuando hubo colgado, hizo señas a un señalizador y escribió un mensaje.

—Va a avisar al «Eisenhower» —explicó—. El Almirante está a bordo esta tarde.

Poco más tarde, al crepúsculo, una luz brilló sobre el portaaviones lejano. Hubo un largo silencio. Al parecer, el marinero, en su torre, había mandado un mensaje y esperaba la respuesta. Regresó el señalizador y alargó un mensaje al comandante.

—El secretario quiere saber si se trata de una visita personal o de una misión oficial del Gobierno —dijo el oficial.

Girard decidió decir una parte de la verdad. La perspectiva de nadar hasta el portaaviones no le seducía:

—Represento al Presidente de los Estados Unidos —dijo—. Me ha encargado de un asunto urgente.

Esta vez el intercambio de mensajes no duró más de cinco minutos.

—La chalupa del Almirante viene a buscarnos —dijo el oficial con respeto.

En lo alto de la escala, un teniente joven y bronceado, evidentemente el oficial de servicio, le hizo un saludo. Un comandante, aparentemente el secretario, tendió la mano:

—Sea bienvenido a bordo, señor —di-

jo—. Voy a llevarle directamente al lado del Almirante. Haga el favor de seguirme.

Los marineros que miraban cómo Girard atravesaba el puente en dirección a la superestructura, no adivinaron que se encontraba ante un personaje importante. Sólo el oficial de guardia, que había leído el mensaje, le miró con interés. Todos vieron que el Almirante Barnswell, con sus tres estrellas en el extremo del cuello almidonado de su camisa, salía de su cabina y le tendía la mano.

—Me alegro de su visita, señor —dijo—. Me satisface poder ofrecerle un tiempo típico del Mediterráneo, en lugar del viento desagradable que nos llega, a veces, del Atlántico.

el transoceánico de las once y cinco

Los dos hombres entraron en la cabina.

Pasaron dos horas. Al cambiar la marea, el oleaje balanceó ligeramente al portaaviones. Las estrellas, claras y brillantes, aparecieron en el cielo e iluminaron la noche. El oficial del puente que vigilaba la cabina del Almirante sabía únicamente que «el Viejo» había pedido cena para dos.

Habían pasado más de cuatro horas cuando el oficial oyó abrir la puerta del Almirante. El Almirante Barnswell y el paisano se dijeron adiós, sin jovialidad, y su apretón de manos fue de pura cortesía. Ninguno de los dos sonreía. El oficial observó los rasgos crispados del paisano, que dijo simplemente: «Gracias» y descendió torpemente por la escala, de espaldas, para no correr el riesgo de caerse. La chalupa se dirigió hacia la orilla.

Una vez desembarcado, Girard se alejó a grandes zancadas y entró en el laberinto de tiendas y cafés alineados al lado de las rocas. Miró en varios bares antes de descubrir una cabina telefónica, al fondo de uno de ellos. Entró, se sentó ante el mostrador, pidió un jerez al propietario, que llevaba un delantal blanco, y después llevó el vaso a la cabina.

Tardó algún tiempo en conseguir comunicación con la Casa Blanca.

—¿Paul?

Era la voz de Lyman y temblaba de ansiedad.

—Las noticias son sorprendentes, o lamentables, jefe —dijo Girard, articulando con cuidado cada palabra—. Depende de lo que usted desee.

—Lo que quiere decir que...

—Lo que suponíamos es cierto. Del principio al fin. El tipo es astuto. Se te escurre entre los dedos como una anguila. Pero tengo algunas líneas que hemos firmado los dos y fechadas por su mano.

Girard oía la respiración, jadeante, del Presidente.

—¿Cuándo podrá usted llegar?

—Tomaré en Madrid el transoceánico, que sale a las once y cinco, hora americana. Le veré a la hora del desayuno.

—¿Alguna dificultad en el medio de transporte?

—El avión que he alquilado me espera. Es un pequeño «zinc» italiano, muy rápido. Tendré tiempo de sobra en Madrid.

—Guarde el documento en su bolsillo —aconsejó Lyman—. No se fie ni de su sombra.

—De acuerdo. ¿Se acuerda usted de la pitillera que me regaló por mi cumpleaños?

Por una vez no contendrá tabaco. El papel estará seguro dentro de ella por esta noche.

—¿Hay peligro de que nuestro hombre informe... sabe usted a quién quiero decir?

—Ni por asomo, jefe. Jiggs lo ha entendido. Se inclina del lado del vencedor.

Cuando el pequeño avión a reacción dejó la pista de aterrizaje, media hora más tarde, Girard echó una ojeada al «Eisenhower», que en aquel momento brillaba con mil luces en medio de las que se diseminaban por el puerto. Se recostó sobre su asiento con la mano izquierda apretando la pitillera de plata, que se encontraba en el bolsillo de su chaqueta.

miércoles por la tarde

Jiggs Casey se despertó, sudoroso, en su habitación del Hotel Sherwood en Nueva York. La luz que se filtraba a través de las cortinas de la ventana se extinguía. Miró su reloj. Las seis y media. Tenía que apresurarse, porque tenía una cita en el piso de Eleanor Holbrook, a quien llamaban Shoo, a las siete.

Un taxi le llevó al piso de la joven.

Shoo abrió la puerta y le dio la mano. Su pelo castaño seguía enmarcando su frente, y la alegría de volver a verle arrugaba su nariz. Como en otros tiempos, apenas estaba maquillada, excepto un poco de carmín. Llevaba un pantalón ajustado gris y una blusa camisera amarilla. En los pies, sólo llevaba las sandalias.

Retrocedió, con las manos en jarras, y le miró de arriba abajo.

—Nunca le había visto de paisano —dijo—. Me gusta más de uniforme, Jiggs. Pero, de todas maneras, está usted presentable. Sí, muy presentable.

Se acercó a él, le cogió la cara con las manos y le dio un ligero beso en la mejilla.

El le ofreció un cigarrillo, y se sentaron en un diván muy lejos uno del otro. Ella le sometió a una lluvia de preguntas. ¿Qué hacía ahora? ¿Qué viento le traía a Nueva York? ¿Le seguían gustando los martinis?

—Como siempre, pero me parece recordar que son terriblemente peligrosos para un hombre casado.

Su pensamiento retrocedió dos años, hasta el día en que habían empezado por martinis y habían olvidado cenar. Hoy se prometió a sí mismo que todo sería diferente. Se enzarzaron en una conversación salpicada de risas. Descubría las interioridades de la televisión y de lo que ella llamaba «mi oficio idiota». Finalmente la muchacha se calló y miró largamente a su visitante:

—Mi instinto femenino me revela que no ha venido a hablar de amor, Jiggs. Su radar no se dirige hacia ese lado esta tarde. Leo en su cara. Usted tiene otro fin. ¿Cuál?

Casey se echó a reír y guiñó el ojo. A Shoo no le había costado sacar deducciones. Ella había vaciado su vaso dos veces, en tanto que el suyo estaba aún a medias.

—Sabía que me desenmascararía antes o después, Shoo —dijo—. Estoy en Nueva York para descubrir ciertos hechos. He pensado que usted accedería a ayudarme... confidencialmente.

—No sé nada de bombas ni de proyectiles que giran alrededor de la tierra con hombres a bordo —dijo ella—. Si es usted del servicio de contraespionaje, no conozco ni un solo ruso.

—Se trata de política, Shoo —dijo, repitiendo las palabras que había preparado al venir—. Hago un trabajillo de **SIGUE**

**mi
rese
en
su plata**



el
protector de la PLATA
Tarn-i-Shield
AMERICANO

MARCA REGISTRADA

hará el milagro. Una sola aplicación limpiará y PROTEGERÁ su plata, manteniéndola con un brillo nuevo ¡¡DURANTE MESES!!.

TARN-I-SHIELD es el toque mágico que la ciencia moderna ha puesto al servicio de su hogar para LIBERAR a usted del penoso trabajo de su limpieza y conservación.

Su joyero desea recomendarlo. Solicite muestras a su proveedor habitual. De venta en joyerías, platerías, droguerías, perfumerías, etc.

Es otro sensacional producto

MINNESOTA DE ESPAÑA, S. A.



3M
COMPANY

Concesionario Exclusivo para España: JOYERIA ALEGRE - Espoz y Mina, 3 - Tel. 2 22 45 58 - MADRID

detective para los Demócratas, que tienen miedo que el General Scott, mi jefe, entable, dentro de dos años, la lucha contra el Presidente Lyman.

—¡Qué delicioso! —exclamó Shoo, sentada con las piernas cruzadas, y agitó su cigarrillo como un director de orquesta su batuta—. ¡Hágame preguntas, rápido!

Casey jugó con su vaso y se aflojó la corbata:

—Nos hemos enterado que el General Scott mantenía relaciones con una de sus amigas, Millicent Segnier. ¿Se acuerda? Usted me la presentó.

—¡Oh, Milly! —dijo Shoo con un gesto de contrariedad—. Esto no es un secreto. Están juntos desde sabe Dios cuándo. Podría usted anunciarlo con letras luminosas de tres metros de altura en Times Square y nadie se sorprendería.

—Es posible —replicó Casey—. Pero no creo que los periódicos hayan hablado de ello. De todos modos, necesitamos saber más... por medio de usted, si se presta a ello.

—¿Quiénes quieren saberlo?

—Digamos los amigos del Presidente.

—Adoro al Presidente Lyman —dijo Shoo—. Creo que la gente es injusta con él, debería estarle agradecida por librarnos del miedo a las bombas. Hablo en serio, Jiggs.

Casey bebió un trago de su martini y guardó silencio.

Milly y Jim Scott son amantes hace mucho tiempo. Al principio, Jiggs, fue una gran pasión. Ella me ha invitado varias veces cuando el General estaba allí. Debo reconocer que impone, pero no es el tipo de hombre que me gusta.

—¿Cree usted que Scott ha pensado en divorciarse? —interrumpió Casey.

—Nunca —contestó Shoo categóricamente—. Y Milly tampoco piensa en ello. Ella piensa, sobre todo, en su carrera.

—¿Hay pruebas? —preguntó Casey.

uña y carne

Shoo se enderezó y fingió indignación:

—Verdaderamente, Jiggs, si sugiere que debo robar cartas para usted...

—No se trata de cartas —corrigió él—. Y no quiero transformarla en una ladrona. Pensaba en una fotografía dedicada, o en una factura indicando que el General Scott ha hecho un regalo de precio, o algo parecido.

—¡Oh! —exclamó Shoo, y después de un momento de reflexión se echó a reír—. No debía decirlo, pero es tan gracioso... Milly gana sumas disparatadas y ha estado buscando lo que podría deducir de su renta imponible cuando hizo su declaración el invierno pasado. No sé si su abogado la había aconsejado —lo dudo—, pero ha deducido tres mil dólares que la habrán costado las recepciones dadas en honor del General Scott, durante el año.

—¡Caramba! —dijo Casey, sorprendido—. ¿Cómo podía suponer que eso le serviría de algo?

—El inspector vino a verla. La pidió explicaciones, recibió una negativa categórica, y la invitó a reembolsar dos mil dólares suplementarios. Furiosa, Milly respondió que si el Gobierno quería perseguirla, no tenía más que hacerla.

—¿Y qué pasó? —preguntó Casey, esforzándose en tomar un aire indiferente.

—Lo echaron a medias —replicó Shoo entre dos carcajadas—. Un hombrecillo, tímido y meloso, afirmó que nadie quería ocasionar molestias al General Scott ni a la señorita Segnier. ¿Qué opinaría si se le deducían mil quinientos dólares y pagaba los impuestos sobre el resto? Y ella aceptó.

—Creía que estas transacciones debían darse a conocer al público —advirtió Casey.

—Eso es cuando se trata de asuntos importantes, pero todo se resolvió discretamente entre Milly y el hombrecillo meloso.

Ella suspiró:

—¿Y si ahora, Jiggs, en vez de salir y gastar el dinero que los soldados no tienen, nos quedáramos confortablemente aquí? Le prepararé un buen «steak». Tengo lo necesario en el refrigerador.

La cena fue tan íntima como se podía esperar. La llama vacilante de una sola vela alumbraba la mesa y, después de un «steak»

y una ensalada, Shoo trajo una botella de coñac. Bebieron en el cuarto de estar. La muchacha estaba sentada sobre la alfombra, con la cabeza sobre las rodillas de Casey:

—Me encuentro a gusto, Jiggs —murmuró—. Era mi sitio hace dos años, ¿se acuerda?

Su voz mate mecía a Casey en la penumbra. Se había quitado la chaqueta y, de nuevo, se aflojó la corbata.

—¿Le ha dicho Milly si Scott conocía a Mac Pherson, reportero de la televisión? —preguntó.

—¡Puerco! —silbó Shoo entre dientes; levantó la cabeza, frotando la mejilla contra la pierna de Casey—. ¿Hasta después de cenar sigue trabajando?

—He de justificar mis gastos de desplazamiento.

«A propósito —pensó—, ¿quién paga mi viaje? Seguro que saldrá de mi bolsillo. Será, pues, mi cuota para la defensa de la Constitución.»

—Vamos, Shoo, yo creía que le gustaban las intrigas políticas.

—Sí —convino ella con una mueca—. Continúe con su Interrogatorio. No siento ninguna simpatía por los que escuchan a ese loco de Mac Pherson, que hipnotiza a los Estados Unidos con sus charlatanerías.

—¿Usted cree que Scott y Mac Pherson son íntimos?

—Uña y carne. La última vez que vino aquí,

—Milly y Jim Scott son amantes desde hace mucho tiempo. Podría usted anunciarlo con letras luminosas



hace quince días, Milly me dijo que Scott había pasado más tiempo con Mac Pherson que con ella.

una hora entera para mac pherson

Shoo se levantó y cogió el periódico de la tarde de una mesita:

—Mire —dijo—. Se ha hablado de una misión especial de Mac Pherson durante este fin de semana. He aquí un artículo sobre el tema.

Le tendió el diario. Casey leyó la columna que le había indicado:

«¡Obtendrá Harold Mac Pherson de la R. B. C. —por intimidación— una hora entera, el sábado por la tarde, de seis a siete? Este charlatán político, parece, está tan deseoso de tener tiempo de hablar a su gusto, que está dispuesto a pagar él mismo los gastos. No quiere revelar lo que hará con esta hora, pero, aunque tiene un boletín de información cinco días a la semana, pretende que no le basta para sus comentarios. La R. B. C., que dedica esta hora a la política, dicen que ve su petición con simpatía.»

«Lo que habíamos previsto: el sábado por la tarde le van a dar un buen palo a nuestro Gobierno.»

—Ese odioso Mac Pherson... Si yo dirigiese la R. B. C. le daría cinco minutos para largarse.

Echó los brazos alrededor del cuello de Casey:

—He guardado el cepillo de dientes que has usado sólo dos veces —cuchicheó—. Esperaba que lo necesitases algún día.

La abrazó con violencia y sintió la cálida invitación de todo su cuerpo. Permanecieron uno junto al otro en silencio. Después él se separó.

Con la cabeza echada hacia atrás, le sonreía no sin cierta amargura:

—El marido fiel se va —dijo.

—Sí, se va. Gracias, Shoo. Por todo...

—No me des las gracias, Jiggs. Yo no te las daría.

Abrió él la puerta no sabiendo cómo despedirse. Ella permaneció en el centro de la habitación, en la penumbra, y su silueta se recortaba a la claridad vacilante de la vela. Tenía los brazos cruzados y la cara sin expresión.

—Hasta la vista, Shoo.

—Adiós, Jiggs —corrigió a media voz—.

¡Querido barbián!

Casey se revolvió en su cama del hotel durante la mayor parte de la noche. Cuando se despertó, su reloj marcaba las siete y cuarenta y cinco. Se lavó, se afeitó, se vistió, descendió y decidió llamar a la Casa Blanca antes de desayunar.

La voz de Esther Townsend era apremiante y cansada.

—Se lo voy a pasar —dijo al oír su nombre.

—Diga —respondió una voz unos instantes después.

—Buenos días, señor. Aquí el Coronel Casey. He hecho un buen trabajo. Creo que tendré un informe interesante para usted cuando regrese a Washington este mediodía.

—Haga lo que mejor crea —respondió Lyman, con una voz sin timbre—. Lo que mejor le parezca. Paul Girard ha muerto.

Copyright 1963 by Harper & Row Publisher Inc.

La traducción castellana de la obra original de Fletcher Knebel y Charles W. Bailey II, aparecerá en España a principios de noviembre próximo, en la colección Ancora y Delfin, de Ediciones Destino.

Los dibujos de Adolfo Estrada se han inspirado en el film Paramount interpretado por Frederic March, Burt Lancaster y Kirk Douglas, cuyo estreno mundial tendrá lugar en los Estados Unidos el próximo diciembre.

EN EL PROXIMO NUMERO:

JUEVES

EL 7.4 DE LOS RUSOS

de tres metros de altura y nadie se sorprendería. Al principio fue una gran pasión, luego ella me ha invitado varias veces cuando el General estaba allí...

